

ALGECIRAS EN LA ENCRUCIJADA DE LA BATALLA DEL ESTRECHO (SIGLOS XIII Y XIV)

Por MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

En el presente año se conmemoran dos importantes centenarios: el de la batalla de las Navas de Tolosa (1212) y el inicio del reinado de Alfonso XI, bisnieto de Alfonso X el Sabio e hijo de Fernando IV “el Emplazado”. Alfonso XI accedió al trono en 1312, apenas con dos años de edad. Tras una larga y agitada minoría, en 1325 se anticiparía su mayoría de edad. Tenía apenas catorce años. A pesar de ello, protagonizó uno de los reinados más brillantes de la Baja Edad Media. Supo pacificar el reino y dotarlo de leyes nuevas y, por si fuera poco, proseguir con éxito la reconquista, reiniciando así el enfrentamiento por el control de la orilla europea del Estrecho de Gibraltar, tema que los historiadores llamamos desde hace tiempo la “batalla del Estrecho”. Vamos a tratar brevemente de este asunto que culminaría con la conquista de Algeciras que fue, junto con la de Tarifa, conquistada en 1292, la llave del acceso a la Península.

LA CRUZADA DE ALFONSO X CONTRA ÁFRICA

Al acceder al trono Alfonso X el 1º de junio de 1252, todo lo que quedaba de al-Andalus estaba sometido por tributo al rey de Castilla. Era tiempo de pensar en el encargo que su padre Fernando III le hiciera en su lecho de muerte: proseguir la guerra contra los musulmanes en África. Se trataba de un proyecto, acariciado por el Santo Rey, como nos informa la *Primera Crónica*

General. La intención era, sin duda, controlar el norte de África para impedir el acceso a la Península de los imperios marroquíes que, desde el siglo XI, habían amenazado la expansión cristiana en el sur peninsular.

Los asuntos de gobierno y su mala salud impidieron al Santo Fernando a esta idea, que Alfonso X retomó con todo entusiasmo. Y, así, en 1253, apenas concluido el repartimiento de Sevilla, el rey nombraba almirante de la mar a Ruy López de Mendoza, ultimaba la construcción de las atarazanas de la ciudad.

Unos años más tarde, en 1257, al tiempo que obtenía del papa la bula de la Cruzada, apenas elegido emperador, la proyectada Cruzada a África vuelve a figurar entre las preocupaciones principales del rey, como lo ponen de relieve la ocupación militar del Puerto de Santa María y la reconstrucción de Cádiz, enclaves que iban a ser las bases de una serie de expediciones. La primera de la que tenemos noticia tuvo lugar en 1258. Sabemos de ella a través de una carta del rey Enrique III de Inglaterra en la que felicitaba al rey castellano por el éxito de su expedición contra un lugar indeterminado del norte de África. Un año más tarde, tras este tanteo, Alfonso X anunciaba en una reunión de Cortes su intención de ir a Roma para ser coronado emperador por el papa y llevar a efecto la Cruzada largamente anunciada. Era sin duda la mejor forma de actuar como emperador.

A principios de 1260 la expedición comenzó a tomar cuerpo. En enero otorgaba un privilegio al prestigioso marino Ruy García de Santander, que había mandado años antes la flota que participó en la conquista de Cartagena, *por servicio que nos fará en este fecho que auemos comenzado pora allend mar*. Al mismo tiempo solicitaba de su suegro Jaime I del Aragón ayuda militar. En un diploma del mes de julio figuraba, entre los obispos castellanos, un tal don *Llorrente, obispo de Çepta*, señal evidente de que el objetivo, tal vez principal, de la Cruzada era precisamente la conquista de esta plaza.

La flota surta en Cádiz se hizo a la mar a mediados de septiembre de 11260 en dirección al puerto de Salé, en la costa atlántica de Marruecos. Lo sucedido entonces --ocupación y saqueo de la próspera ciudad marroquí-- recuerda más una operación pirática o, como mucho, de tanteo, que una Cruzada en

toda regla. Sea como fuere, lo cierto es que en Salé se enterró definitivamente el proyecto de Cruzada, aunque todavía en 1261 el monarca solicitaba de las Cortes reunidas en Sevilla la ayuda económica para llevar adelante *el fecho de Africa que avemos comenzado*, si bien el dinero recaudado se empleó en el sometimiento de Jerez al protectorado castellano y la conquista de Niebla. Nuevos problemas le obligarían pronto a desistir de una idea que venía acariciando desde el comienzo mismo de su reinado.

LA PREOCUPACIÓN POR EL ESTRECHO

Hasta la revuelta mudéjar de 1264 Alfonso X había vivido con el convencimiento de que Granada era un simple apéndice de Castilla, un territorio definitivamente sometido a vasallaje. La verdad es que no tenía motivos para pensar de otra forma, ya que, desde la conquista de Jaén de 1246, el emir granadino Muhammad I había sido un fiel y leal vasallo del rey de Castilla. Sabemos, por ejemplo, que participó con sus tropas en el asedio de Sevilla; que asistió a los funerales de Fernando III; que acudió en 1254 a las Cortes celebradas en Toledo para jurar como heredera a la infanta doña Berenguela, primogénita del rey, y que, cada vez que le fue requerido, prestó su consejo a su señor. Uno de ellos, que tiene mucho que ver con el proyecto de Cruzada, fue tratar de disuadirle de aventuras imperiales para, con su ayuda, dedicar su esfuerzo a labrarse un imperio en el norte de África.

Alfonso X le tomó por la palabra, y le pidió que, para llevar a cabo su proyecto, le entregase los puertos de Tarifa y de Gizirat al-Adra (=La Isla Verde). Muhammad I dio largas al cumplimiento de su promesa y se preparó para sacudirse la tutela castellana. Es probable que desde la conquista de Niebla por el rey castellano 1262 estuviese urdiendo la conjura que estallaría en la primavera de 1264. Sus agentes actuaron con eficacia tanto en Murcia como en Jerez y, probablemente, en otros puntos de Andalucía. En un día señalado y obedeciendo a un plan preconcebido, las tropas granadinas cruzaron la frontera por diversos puntos, sorprendiendo a las guarniciones de los castillos, al tiempo que los mudéjares se sublevaban en todas partes.

Tras un largo esfuerzo, Alfonso X consiguió aplastar la sublevación y obligó al sultán de Granada a someterse de nuevo al vasallaje y al pago de tributo. Hubo también otras consecuencias, de entre las cuales destacaría estas dos:

La casi total expulsión o salida de Andalucía de la población mudéjar y la presencia en Andalucía y más concretamente en la zona del Estrecho del nuevo y amenazante poder de los benimerines, sucesores del Imperio almohade. Habían ya hecho acto de presencia como “voluntarios” de la fe” durante la sublevación de los mudéjares andaluces. Unos años más tarde, intervendrían en apoyo de Granada en un nuevo conflicto con Castilla, recibiendo del emir granadino los estratégicos enclaves de Tarifa, Algeciras y Ronda. La batalla del Estrecho quedaba definitivamente planteada. Porque no se trataba ya sólo de que a Castilla le conviniese disponer de bases para amenazar al Magreb; es que, desde 1275, la amenaza provenía de África, al controlar los benimerines ambos lados del Estrecho.

LA PRIMERA CAMPAÑA DE ALGECIRAS

El desembarco de Abu Yusuf en Algeciras en mayo de 1275 sorprendió por completo a los castellanos. El momento no podía estar mejor escogido. Alfonso X se encontraba ausente del reino tratando en la localidad francesa de Belcaire, al margen del Ródano, con el papa Gregorio X sus pretensiones imperiales; el infante don Fernando de la Cerda, regente del reino, estaba en Castilla, y la frontera se encontraba prácticamente desguarnecida. En estas circunstancias, los mariníes recorrieron y saquearon toda la baja Andalucía sin encontrar prácticamente resistencia alguna.

Rápidamente, la defensa cristiana se aglutinó en torno a tres puntos: el eje Jerez-Sevilla, sobre el que recayó la primera embestida; el punto central de Ecija, defendido por el rico hombre don Nuño de Lara; y el obispado de Jaén, por donde podían producirse los ataques granadinos, de cuya defensa se encargó don Sancho de Aragón, arzobispo de Toledo.

Los acontecimientos vinieron a dar la razón a quienes temían un desastre. El 25 de julio fallecía de manera imprevista

en Ciudad Real el infante don Fernando, cuando se preparaba para acudir a la frontera con una gran hueste. El 8 de septiembre moría don Nuño de Lara ante los muros de Ecija, luchando en batalla campal contra el sultán mariní Abu Yusuf. Unas semanas más tarde, a fines de octubre y cerca de Martos (Jaén) corrió igual suerte don Sancho de Aragón, arzobispo de Toledo. En tan dramáticas circunstancias, el infante don Sancho se hizo cargo del gobierno del reino y de la defensa de Andalucía. Con una decisión impropia de su edad, reforzó los puntos débiles de la frontera, al tiempo que ordenaba armar una flota en Sevilla para *guarda de la mar, que estaua desanparada*. Esta última medida tuvo un efecto inmediato: Abu Yusuf, temiendo quedar bloqueado en Algeciras, se apresuró a regresar a Marruecos cargado de un enorme botín.

En 1277 se produjo otra nueva y terrible incursión benimerín por Andalucía. Mientras tanto, Castilla, recuperada ya de los reveses militares, pudo tomar la iniciativa. Tras una cuidadosa preparación, en agosto de 1278, apenas estuvo lista la flota, pudo iniciarse el bloqueo naval de Algeciras. Los sitiadores, dirigidos por el infante don Pedro, hijo del rey, llevaban consigo máquinas o *engeños* para asaltar y batir murallas y hasta los *truenos* o cañones de que habla la *Crónica*, con los que se combatieron durante largos meses los muros de la ciudad.

A finales de mayo de 1279, llegó el monarca a Sevilla para seguir de cerca el curso de las operaciones y procurar que nada faltase al ejército y a la flota. Sin embargo, no pudo evitar que el dinero que se recaudaba en Castilla tardase en llegar a su destino o que, incluso, no llegase nunca a manos del rey. Por otra parte, el dinero que le prestaron los mercaderes y ciudadanos de Sevilla fue totalmente insuficiente para pagar los sueldos de los combatientes y para acarrear las provisiones que necesitaban.

El desánimo y las enfermedades hicieron presa en los sitiadores de Algeciras. Para remate, una flotilla benimerín sorprendió y destruyó, ante la mirada atónita de la hueste castellana, casi la totalidad de la flota anclada en la bahía. Ante la magnitud del desastre, el infante don Pedro ordenó levantar el cerco y se retiró de inmediato hacia Jerez. Sobre el emplazamiento del campamento cristiano construiría Abu Yusuf, en los años siguientes,

la “puebla nueva” de Algeciras. En su construcción participaron centenares y miles de cautivos cristianos.

EL INTERLUDIO DE TARIFA

En 1285, benimerines y castellanos firmaron una tregua que ponía fin a un decenio de enfrentamiento. Concluida la tregua, en 1291, Sancho IV acometió la que fue su principal campaña militar: el asedio y conquista de Tarifa. Sin embargo, en un primer momento se pensó en apoderarse de Algeciras, la principal base de operaciones de los benimerines. Si se alteraron los planes previstos fue, sin duda, porque Tarifa era un objetivo estratégico muchos más al alcance del ejército castellano. A ello se añadía el interés adicional de poder convertir Tarifa en la primera línea de frontera, situada entonces en Vejer. Pero es probable que en los planes de Sancho IV estuviera intentar, en una segunda fase de la guerra, la conquista de Algeciras, el objetivo marcado de forma clarividente por su padre. Si este proyecto se realizó a medias fue por su muerte prematura en abril de 1295. Se abrió una larga y conflictiva minoría, y un reinado, el de Fernando IV, caracterizado por la proliferación de los problemas internos y por la debilidad de la monarquía frente a una nobleza turbulenta e indisciplinada.

En Tarifa la flota volvió a jugar un papel de papel de primer orden. Sólo que esta vez estaba al frente de la misma un experimentado marino genovés a sueldo del monarca castellano: Micer Benedetto Zaccaría. También se contó con el apoyo de la marina aragonesa, mandada por Berenguer de Montolíu. Tras un largo asedio, el 21 de septiembre de 1292 caía Tarifa. Se había dado un paso importantísimo en el control del Estrecho. Algeciras sería el próximo objetivo.

EL SEGUNDO CERCO DE ALGECIRAS

En 1308 Fernando IV y Jaime II de Aragón firmaron el tratado de Alcalá de Henares en virtud del cual ambos monarcas se comprometían a unir sus fuerzas para atacar a Granada. El proyecto consistía en asediar simultáneamente Almería y Algeciras.

Aragón recibiría en pago de su colaboración Almería y la sexta parte del reino de Granada.

Los preparativos de la campaña fueron lentos. Pero en marzo de 1309 Fernando IV consiguió que las Cortes del reino aprobasen un servicio especial para la guerra. A finales de julio, los castellanos pusieron cerco a Algeciras al tiempo que los aragoneses hacían lo propio en Almería.

Ni castellanos ni aragoneses lograron sus objetivos. A pesar de algunos éxitos circunstanciales, como la batalla de Almería, vencida por Jaime II, y la conquista de Gibraltar el 12 de septiembre de 1309, la campaña acabó con más pena que gloria. La explicación del fracaso es doble: por un lado, Granada y Fez, tras unos años de distanciamiento, volvieron a aliarse, cediendo los granadinos los enclaves de Algeciras y de Ronda; por otra parte, Fernando IV vio cómo una parte de la nobleza abandonaba el campamento de Algeciras. Para paliar el desastre, el rey castellano firmó un pacto con Granada en virtud del cual el nuevo emir granadino, Nasr, indemnizó al rey castellano por levantar el cerco de Algeciras con 50.000 doblas de oro.

Desde el punto de vista militar, el único resultado fue la conquista de Gibraltar en 1309, que hubiera merecido por sí sola una guerra. Concluido el cerco de Algeciras, Fernando IV otorgaría a Gibraltar, el 31 de enero de 1310, una carta puebla, “con la que se inauguraba un modelo de poblamiento llamado a tener una amplísima difusión en toda la frontera de Granada y que estuvo en vigor hasta el siglo XV”.

EL ÚLTIMO CERCO DE ALGECIRAS

La conquista de Algeciras tardaría en llegar, de la mano de Alfonso XI. Como hemos indicado, el nuevo monarca tuvo un largo e intenso reinado (1312-1350). Tras una prolongada y agitada minoría, comenzó a reinar a la edad de 14 años y muy pronto dio pruebas de su capacidad política y de sus dotes militares.

De la primera da fe haber acabado con la anarquía nobiliaria y haber pacificado las ciudades, cuyo gobierno modificó profundamente. Reformó también la hacienda pública, introduciendo el impuesto de la *alcabala*. Y consiguió hacer efectivo, casi al

final de su reinado (1348), el sueño de su bisabuelo Alfonso X de implantar una ley única para todo el reino. Pero el rey Justiciero, como la historia le conoce, no fue sólo un buen gobernante. Fue también un caudillo competente y tenaz.

Desde los primeros años de su reinado le vemos actuando en la Frontera, donde conquistó, entre otras plazas, las de Olvera, Pruna y Ardales (1327). En 1330 cayeron Teba y Cañete. Es probable que, con estas pequeñas conquistas, el rey pretendiese algo más que debilitar el dispositivo defensivo de Granada. Seguramente apuntaban, como primer objetivo, hacia la marca benimerín de Ronda que amenazaba de forma preocupante la seguridad de la campiña sevillana y cordobesa. Este proyecto, si es que existió, se abandonó tras la pérdida de Gibraltar en 1333.

Para entonces las cosas habían cambiado en Granada y en el norte de Africa. Por un lado, la subida al trono de Muhammad IV en 1329 puso fin a una serie de años de inestabilidad política, y, por otro, la llegada de Abu-l-Hasan al trono de Fez, en 1331, supuso un reverdecimiento de la guerra santa. En el verano de 1332 un contingente benimerín desembarcó en Algeciras, al mando de Abd-al-Malik, hijo del emir marroquí, y puso sitio a Gibraltar.

Alfonso XI recibió la noticia de la capitulación de la villa estando en Jerez camino de la bahía de Algeciras. A pesar de ello continuó la marcha hacia Gibraltar, a la que sometió a un simbólico y breve asedio, que hubo de levantar ante la imposibilidad material de recuperarla. En agosto Alfonso XI y Muhammad IV firmaron la paz, en la que también se incluyó a Abd-al-Malik, que se titulaba “rey de Algeciras y de Ronda”. Unos meses más tarde, en 1334, se firmó otra tregua en Fez con Abu l-Hasan.

* * *

Se abre ahora un período de paz que se prolongará hasta 1338. Alfonso XI lo aprovechó para acabar con la revuelta nobiliaria que protagonizaban don Juan Núñez de Lara y el mal llamado “infante” don Juan Manuel. También resolvió sus diferencias con Pedro IV de Aragón, logrando que éste comprometiera su colaboración naval en futuras campañas en la zona

del Estrecho. La breve guerra que mantuvo en 1337-38 con su suegro Alfonso IV de Portugal sirvió para, una vez conseguida la paz, garantizar la ayuda portuguesa en la guerra del Estrecho; una guerra que, concluida la tregua firmada con los benimerines, iba a ocuparle hasta su muerte en marzo de 1350.

En 1339, en respuesta a una incursión castellana por Ronda y Antequera, el príncipe mariní Abd-al-Malik arrasó la comarca del Guadalete, llegando hasta las puertas mismas de Sevilla. La flota castellana, reforzada con navíos, fue incapaz de impedir que los benimerines siguiesen desembarcando tropas y pertrechos en Algeciras y Gibraltar. El objetivo de los benimerines no era otro que la recuperación de Tarifa.

Alfonso XI, consciente de la amenaza que se avecinaba, se dedicó, durante la primavera y el verano de 1340, a reparar y rehacer la flota, alquilando, comprando o solicitando naves y marinos a Portugal, Aragón y Génova. El 23 de septiembre Abu-l-Hasan inició el cerco de Tarifa. Según la *Gran Crónica de Alfonso XI* su proyecto era conquistar por asedio Tarifa, para tomar luego, por el mismo sistema, Jerez y poner asedio a Sevilla.

La reacción castellana no se hizo esperar. La flota de Castilla recibió la orden de acudir a Tarifa para abastecer a los sitiados y tratar de impedir que llegasen nuevos refuerzos desde Marruecos. Así se hizo con tan mala fortuna que un temporal arrojó los barcos contra los escollos, perdiéndose la totalidad de la flota. Este desastre, en lugar de desanimar a Alfonso XI, le movió a acelerar los preparativos y llevar la hueste a Tarifa. El 28 de octubre, el ejército, en el que destacaba una nutrida representación portuguesa con su rey Alfonso IV al frente, llegaba al Estrecho. El día 30, una escaramuza iniciada por don Juan Manuel, derivó en batalla campal. El campamento de Abu-l-Hasan, situado entre Tarifa y el río Salado, se vio atacado por todas partes: desde el río por la hueste real, desde el norte por los portugueses y desde Tarifa por los sitiados y las tropas de refresco que se habían introducido en la villa el día antes. El desastre marroquí fue completo. El rey Yusuf de Granada abandonó el campo de batalla a la primera embestida y lo mismo hizo el sultán mariní, con el resto de su ejército, en dirección a Algeciras. El éxito de Alfonso XI fue completo y el botín, enorme.

ASEDIO Y CONQUISTA DE ALGECIRAS

La primera consecuencia de la batalla del Salado fue el control de Estrecho. Desde el otoño de 1340 la presencia de la flota al servicio del rey de Castilla fue constante. La intención era clara: impedir en lo posible la llegada de tropas benimerines desde Marruecos y preparar así el asedio de Algeciras. Sin embargo, hasta el comienzo del verano no se iniciaron las operaciones sobre la ciudad. Y aún entonces, la llegada del ejército cristiano, en el que había numerosos contingentes de cruzados europeos, se fue produciendo con enorme lentitud.

El primer campamento se estableció junto al mar, a la desembocadura del río Palmones, en torno a la Torre de los Adalides. A las inclemencias de un otoño e invierno extremadamente lluviosos se añadieron otros como la falta de alimentos, el incendio del campamento, algunas deserciones y el desánimo generalizado de la hueste. Todo parecía indicar que se avecinaba un desastre similar al ocurrido en 1279. Por si algo faltaba para conformar un panorama preocupante, en el otoño de 1343 los granadinos, reforzados por la llegada de nuevos contingentes benimerines desembarcados en Estepona, comenzaron a presionar sobre el campamento cristiano.

Así las cosas, el 12 de diciembre de 1343 tuvo lugar la batalla del río Palmones que concluyó con una nueva derrota de granadinos y mariníes. La suerte de Algeciras estaba echada. Abu-l-Hasan comunicó a Yusuf I su intención de pactar con Alfonso XI la entrega de Algeciras. El 25 de marzo de 1344, en el campamento cristiano, se firmó la entrega de Algeciras y una tregua general, por diez años, en la que entraban además de Castilla, Granada y Marruecos, Aragón y la república del Génova. Granada, además, renovaba el vasallaje con el rey castellano y se comprometía al pago de 12.000 doblas anuales en concepto de parias.

El 26 de marzo los mariníes hicieron entrega de la Villa Nueva, desde donde salieron con destino a Gibraltar y Ceuta tanto la población de la ciudad como la guarnición marroquí. El día 27 se ocupó la Villa Vieja. Y el día 28, Domingo de Ramos, como refiere la *Crónica*,

“El muy noble rey don Alfonso con todos los prelados et ricos omes et todas las otras gentes que y eran, entraron con muy gran procesión et con los ramos en la mano en aquella çibdat de Algeciras e dixieron la misa en la Mezquita Mayor, a que el rey puso nombre de Sancta María de la Palma.”

EPÍLOGO: EL FRACASO DE UN PROYECTO

No es preciso insistir en la trascendencia de la conquista de Algeciras, empañada tan sólo seis años más tarde por la muerte de Alfonso XI frente a los muros de Gibraltar, víctima de la Peste Negra. A pesar de ello, Castilla había logrado los objetivos propuestos: el control de la navegación por el Estrecho, con todo lo que ello significaba de reactivación de una ruta hasta entonces dificultada por la presencia amenazante de los benimerines en ambas orillas; y el aislamiento de Granada de sus, hasta entonces, aliados.

En este nuevo marco de relaciones, Algeciras estaba llamada a desempeñar un papel medular de gran villa marinera. La poca documentación que nos ha llegado de estos años así lo pone de manifiesto. Sin embargo, todo esto se vino abajo de forma inopinada en el corto plazo de una generación. La conquista de la ciudad en julio de 1369, ocurrida en plena guerra civil castellana, por Muhammad V de Granada, aliado de Pedro I, daba al traste con la obra de Alfonso XI. Diez años más tarde el emir granadino, ante la imposibilidad de defenderla adecuadamente, abandonaba Algeciras, no sin antes haberla reducido a un montón de ruinas, tras haber ordenado demoler sus murallas, dismantelar los principales edificios y cegar su puerto fortificado para evitar que pudiera ser nunca ocupada por sus enemigos. Pero desde entonces, a pesar de la destrucción de la hermosa ciudad mariní, Castilla consiguió hacerse con el objetivo principal de la larga campaña iniciada en tiempos de Alfonso X: el control del Estrecho, convertido desde entonces en la gran vía de comunicación entre el Mediterráneo y el Atlántico.